

BRETÓN DE LOS HERREROS, MANUEL (1792-1873)

MARÍA ESTUARDA

Tragedia en cinco actos

PERSONAJES

ISABEL, reina de Inglaterra.

JORGE MORTIMER.

MARÍA ESTUARDA, reina de Escocia.

SEIMUR.

ANA KENEDI.

CRIADOS de María de ambos sexos.

ROBERTO DUDLEY, conde de Leicester.

EL SHERIFF DEL CONDADO.

CECIL, barón de Burleigh.

GUARDIAS.

MELVIL, lord escocés.

PAJES.

AMIAS PAULETO, gobernador del castillo de Fotheringay.

ESCUADEROS.

La escena es en Inglaterra (1587) en el castillo de Fotheringay. El primer acto y el quinto en la habitación de MARÍA; los restantes en un salón con vistas a los jardines de Fotheringay.

ACTO I

Escena I

ANA. PAULETO.

Dos criados atraviesan el teatro con una cajita y papeles.

ANA

¡Ah! por piedad, a mis humildes ruegos

no de bronce seáis. Cuando arrancada
del fuerte de Talbot en esta torre
vino a esconder María su desgracia
¿de menos dura esclavitud en vano
concebimos la plácida esperanza?
¿Vos de sus implacables enemigos
instrumento seréis? Aquí postrada
su fiel nodriza por su Reina os pide.

PAULETO
Señora, alzádm...

ANA
Volvednos esas cartas,
esas cartas, señor, de sus desdichas,
de su luengo penar depositarias,
y esa real diadema que en su frente
brilló un tiempo de lises adornada,
y los hermosos días le recuerda
en que fue de los galos Soberana.
¿Le negaréis también este consuelo?

PAULETO
Órdenes tengo; mi deber lo manda.

ANA
¡Bárbara humillación! ¡Horrendo crimen!
El tenebroso horror de esa muralla
impenetrable al sol ¿a quién podría
anunciar de una Reina la morada?
¡A tanto mal la destinaba el cielo
cuando en los días de su tierna infancia
la corona ciñó, con regia pompa
en la corte de Médicis criada,
y esperanza y honor de tres naciones
Reina fue de Inglaterra, Escocia y Francia!

PAULETO
¿De Inglaterra?...

ANA
¿Qué digo? He aquí su crimen
y la ocasión fatal de sus desgracias.
¡Nunca heredara tan funesto nombre!
Sus derechos al trono de Bretaña
son sólo su delito.

PAULETO

¿Y qué derechos
para aspirar al cetro la acompañan?
La corona real de Enrique Octavo
¿pudo ceñir jamás sin usurparla?
Del trono paternal ¿pudo sin crimen
feroz ardiendo la discordia insana
lanzar a la legítima heredera
y del estado renovar las llagas?
¿Cuál de Bretaña, ¡oh Dios! fuera la suerte
si reinase María? La inhumana
para afianzar su criminal victoria
al poder del francés nos entregara.
¿Por qué, decid, los pactos de Edimburgo
despreciar delirante? ¿Por qué causa
no abandonar quiméricos derechos
y sus grillos romper? Sin duda aguarda
conquistar la Inglaterra armando al orbe
desde el oscuro centro de este alcázar.

ANA

¿Qué decís! Sin socorros, sin amigos,
dentro de estas paredes solitarias,
¿cómo tal intentar, ni qué temores
infundir a Isabel?

PAULETO

¡Qué! su arrogancia,
su fiera obstinación ¿acaso ignora?
Desde el horror de su cerrada estancia
¿no supo armar del regicida acero
de Babington la diestra temeraria?
Norfolk, en fin, Norfolk, ese valiente
que la Inglaterra entera idolatraba,
por conquistar la mano de María
¿no rindió a los verdugos su garganta?
¿Y su muerte bastó? De cien ingleses
la noble sangre los cadalsos baña,
que de morir por ella conspirando
se disputan fanáticos la palma.
¡Ah! maldición al execrable día
en que, a turbar con sus funestas gracias
la paz de tantos pueblos, hollar pudo
el suelo inglés la fugitiva Estuarda!

ANA
¡Desgraciada!

Escena II

MARÍA. ANA. PAULETO.

ANA
Señora, a nuevos males
el alma prevenid. Sin que alcanzaran
mis lágrimas piedad, vuestros escritos
en este mismo instante os arrebatan,
y la real diadema, único resto
del antiguo esplendor de Soberana.
¡Todo lo habéis perdido!

MARÍA
Enjuga el llanto.
A esos vanos adornos puede el alma
sin pena renunciar. Ni ellos me dieron
el título de Reina, herencia santa
que sólo el cielo nos concede. El hombre
nos oprime tal vez; no nos degrada.
Tan triste obligación repugna acaso
a vuestra sangre y venerables canas;
lo sé, y os compadezco. Mas, Pauleto,
entre esas cartas que arrancarme os mandan,
no sé si vuestra Reina o sus ministros,
un escrito hallaréis que yo intentaba
a Isabel dirigir. De vos espero
que le será entregado sin tardanza.

PAULETO
Cumpliré mi deber.

MARÍA
Con insolencia
sus vasallos me juzgan. De tamaña
humillación herida, solicito
que me oiga vuestra Reina. ¡A sus miradas
voy a ofrecerme por la vez primera!
A pesar del rencor con que me agravia,
igual en título y en sexo,
verá en mí una mujer, verá una hermana,
verá en fin una Reina.

PAULETO
Adiós, Señora.

MARÍA
¿Partís, Pauleto? ¡Oh cielo! ¡Y en la amarga
incertidumbre me dejáis de nuevo!
¿No sabré yo la suerte que me aguarda?
De esta prisión en el recinto oscuro,
¡triste de mí! del mundo separada,
en mis oídos el humano acento
se niega a resonar. En este alcázar
un tribunal terrible se congrega
para escucharme y sentenciar mi causa.
Su aspecto me aterró. Mal de mi grado
a su presencia parecer me mandan
sola, sin defensor, a mi inocencia,
a mi sola inocencia abandonada.
Pasose un largo mes, y en torno mío
aterrador silencio todos guardan.
¿Cuál es mi suerte en fin?... Hablad.

PAULETO
Señora,
en Dios pensad.

MARÍA
Me anima la esperanza
de que ve mi inocencia, y el sendero
sabrás mostrar a la justicia humana.

PAULETO
A todos guarda el premio merecido.

MARÍA
¿Nada sabéis del Parlamento?

PAULETO
Nada.

MARÍA
¿Mi suerte se fijó?

PAULETO
No sé.

MARÍA
Los Pares
¿osarán condenarme?

PAULETO
No sé.

MARÍA
Basta.
Nada, Pauleto, sorprenderme debe.
Conozco a vuestra Reina.

Escena III

MARÍA. ANA. PAULETO. MORTIMER.

MORTIMER
En la cercana
habitación, señor, para dictaros
preceptos de la Reina un lord os llama.

PAULETO
Mortimer, ya te sigo.

MORTIMER se retira sin dar a entender que ha reparado en MARÍA.

MARÍA
Mi presencia
algún respeto a Mortimer demanda.
Recordadle un deber que desconoce.
Bien que me oprima esclavitud tirana,
aún soy Reina, Pauleto. A vigilarme
¿también su ardiente celo se consagra?

PAULETO
No lo temáis, Señora: es caballero,
es deudo mío, es hijo de mi hermana.
Hoy de nuevo, la Francia abandonando,
en el nativo hogar su huella estampa.
Bien puedo descansar en su nobleza
si encomendarle quiero vuestra guarda;
que para seducirlo vano el llanto,
vano fuera el poder de vuestras gracias.

ANA

¡Cruel!

Escena IV

MARÍA. ANA.

MARÍA

Harto en los días de mi gloria
me halagó la lisonja cortesana:
hoy es justo tal vez que en la miseria
me resigne a escuchar tales palabras.

ANA

¡Ah, Señora!

MARÍA

Ocultártelo no debo.
Entre esas letras que el furor me arranca,
¡no sé, infeliz! si el nombre de Leicester
estampó alguna vez mi mano incauta.
Sabrá Isabel nuestra amistad secreta.

ANA

¡Yo tiemblo!

MARÍA

Acaso mi sospecha vana
es hija del terror; mas, ¡ay! no puedo
esta duda fatal lanzar del alma.

ANA

Se acerca Mortimer y nos escucha.

Escena V

MARÍA. ANA. MORTIMER.

MORTIMER

A ANA.

Retiráos, señora.

MARÍA

¿Quién lo manda?
No te apartes de mí.

MORTIMER
Leed, Señora,

y me conoceréis.

Presenta a MARÍA una carta. Ella la mira con sorpresa.

MARÍA
¡Oh Dios!

MORTIMER
A ANA. Dejadla
breves instantes sola.

MARÍA
Vete, y cuida
que nadie nos sorprenda.

Escena VI

MARÍA. MORTIMER.

MARÍA
¡Ah! ¿no me engañan
mis ojos? ¿será sueño? ¿en vuestra mano
del mejor de mis deudos una carta?
¡Del cardenal de Guisa! ¿Qué me anuncia?
¡Hablad! ¡hablad! A mi prisión amarga
un ángel os conduce.

MORTIMER
Perdonadme
si el celo que a serviros me consagra
de aborrecible máscara me cubre.
Mal besara sin ella vuestras plantas.

MARÍA
Levanta, Mortimer. ¡Oh regocijo!
¡Oh bien que no cabía en mi esperanza!
Mas ¿cómo el justo cielo...?

MORTIMER
El cuarto lustro
aún no cumplido bien, a Roma, a Francia,

la juvenil curiosidad me impele,
y lejos vuelo de mi dulce patria.
Llego al Louvre: conozco al gran prelado
defensor de la iglesia sacrosanta,
de vuestra madre augusta hermano y guía,
y del estado indómita muralla.
Cual amoroso padre me recibe.
De entre sus labios la verdad sagrada
a mi ofuscado corazón desciende,
y los dogmas heréticos arranca.
¡Tan grande era el poder de la elocuencia
que el Dios por quien combate le inspiraba!

MARÍA

¡Oh quién te viera, venerable Guisa!

MORTIMER

Absorto un día de su regio alcázar
contemplando la pompa, en un retrato
se detiene mi vista embelesada.
«No sin razón tu pecho se conmueve,
díjome el cardenal. Víctima infausta
de la ambición soberbia, esa infelice
cuya imagen te admira y arrebatada
por no abjurar la fe de sus mayores
dura cadena en Albión arrastra.»
Entonces vuestras penas me refiere;
vuestras virtudes; que la estirpe clara
en vos alienta de Tudor; que impía
os ha usurpado la diadema sacra
la que en tálamo adúltero naciera,
y aún su crueldad horrenda no se sacia.
Mas ¡cuál fue mi contento cuando supe
que el austero Pauleto aquí os guardaba,
aquí donde pacíficas crecieron
las rápidas auroras de mi infancia!
Pareceme que Dios mi brazo elige
para romper los grillos que os ultrajan.
Mi alto designio al cardenal revelo;
lo aprueba, ufano parto, me acompaña
su bendición por los hinchados mares,
y al fin saludo de Albión la playa.
Yo os vi, Señora, en el dorado lienzo
bosquejo débil de hermosura tanta,
y gemía por vos. Ahora que os hablo,
no ya callada sombra, ahora que blanda

resuena vuestra voz en mis oídos,
¿qué no haré yo por vos, divina Estuarda?
No sin causa la bárbara Isabela
en estos muros cautelosa os guarda.
Si en la negra mansión abominable
donde os sepulta la traición nefanda
todos a su legítima Señora
como yo venturoso contemplaran,
a combatir, a perecer por ella
¡cuál te alzarías, juventud britana!

MARÍA

¿Lo crees tú, Mortimer?

MORTIMER

¿Qué caballero
ciñera en vano fulminante espada,
testigo del valor incomparable
con que arrostráis, María, la desgracia?
Respirad. Doce jóvenes valientes
de la primer nobleza en la Bretaña
restituiros a la iglesia, al trono
juraron ya sobre la Biblia Santa.
El español Filipo nos protege.
Nuestro es el galo embajador. Mañana
a su palacio todos...

MARÍA

¡Ah! yo tiemblo.
¡Cuál os ciega quimérica esperanza!
¿A Isabel no conoces? ¡Desdichado!
Mil suplicios a todos amenazan.

MORTIMER

Y vos ¿sabéis, Señora, a qué destino
ha jurado arrancaros nuestra audacia?

MARÍA

¡Qué! ¿se ha dictado ya la atroz sentencia?

MORTIMER

La sentencia que os pierde y nos infama
pronto os anunciarán. Artificiosa
y acusando a las leyes de inhumanas,
aún Isabela vacilar parece.

MARÍA

Mortimer, lo he previsto. ¿Me preparan
lenta muerte en oscuro calabozo?

MORTIMER

No. ¡Gran Dios! el suplicio...

MARÍA

¡Y tal infamia,
y tanto crimen sufrirá la tierra!
¡Y sin tronar la omnipotente saña
verá caer en bárbaro suplicio
una frente tres veces coronada!

MORTIMER

¡Oh si dudarlo me otorgara el cielo!

MARÍA

No, Mortimer. Si el Parlamento falla,
ejecutar la ley toca a la Reina,
y de tamaño golpe la importancia
desconocer no puede. ¿A qué mi muerte?
A sus designios el amago basta.
Proscripta mi cabeza, ya no duda
que a mis parciales el terror abata.
Isabel me aborrece, y bien quisiera
mi fin apresurar su oculta rabia;
pero es amante de la gloria, y nunca
con tal borrón denigrará su fama.

MORTIMER

¡Oh cielo!

MARÍA

Verá al menos su peligro
si en mi sangre una vez fiera se baña.

MORTIMER

¿Y esperáis...

MARÍA

¡Qué! ¿feroz no volaría
todo el pueblo francés a mi venganza?

MORTIMER

Si vil segur vuestra garganta siega,

podrá arrancaros de la tumba helada
el gallo vengativo? Augusta mártir,
Lorena, Dios, mi honor, la misma Francia,
el deber me prescriben de salvaros.
Aceptad...

MARÍA

No. Tu empresa temeraria
reprueba mi dolor. ¿A qué sin fruto
aventurar la vida por mi causa
tan noble juventud? Burleigh acaso
ya un delator entre vosotros paga.
Huye, bizarro joven, si aún es tiempo;
abandona esta isla depravada.
A cuantos han osado defenderme
funesta ha sido mi tenaz desgracia.

MORTIMER

No, que adquirieron inmortal renombre.
Dicha es morir por vos en la demanda.
Su suerte envidia.

MARÍA

¡Oh Dios! De mis contrarios
¿quién eludir podrá la vigilancia?

MORTIMER

Yo.

MARÍA

Tan sólo un mortal salvarme puede.

MORTIMER

¿Quién?

MARÍA

Leicester.

MORTIMER

¿Qué escucho! ¿El que la trama
sólo tejió del infortunio vuestro?
Privado de Isabel...

MARÍA

De entre sus garras
Leicester sólo libertarme puede.

Si el noble celo que por mí te inflama
es constante y veraz, vuela en su busca:
sin temor tu designio le declara,
y porque de tu fe dudar no pueda
preséntale este anillo.

MORTIMER

Lo toma. Mas no alcanza
la mente mía...

MARÍA

En breve tus recelos
Leicester calmará.

MORTIMER

Leicester...

MARÍA

Calla.

A ANA, que llega presurosa.

¿Quién se acerca?

ANA

Burleigh.

MORTIMER

El cielo santo
os dé valor.

MARÍA

Me da la noble calma,
la dignidad que inspira la inocencia.

Escena VII

MARÍA. PAULETO. BURLEIGH.

BURLEIGH

No sin dolor aquí guía mi planta
del tribunal decreto irrevocable.
¡Ministerio funesto para un alma
sensible a la piedad! Pero el estado
tal sacrificio de mi honor reclama.

Su sentencia...

MARÍA

Callad. Sea cual fuere,
no la escucho. Ni puedo sin infamia
de tales jueces someterme al fallo.
Milord, soy extranjera y Soberana.
Al más oscuro ciudadano otorgan
vuestras leyes benéficas la gracia
de que sus jueces sus iguales sean;
mas yo no las invoco, no. En Bretaña
mis jueces ¿dónde están? ¿do mis iguales?
Sólo pudieran serlo los Monarcas.

BURLEIGH

Perdonad. Ya es tardía vuestra queja.
Al tribunal que vuestra lengua infama
sumisa ya...

MARÍA

¡Jamás! ¿Y qué justicia,
aunque fuese capaz de mengua tanta,
pudiera yo esperar del Parlamento?
Vil interés le rige y le avasalla.
El mismo Dios, sacrílego, somete
al humano poder. Ya su inconstancia
por cuatro veces bajo cuatro imperios
osó cambiar el culto de las aras.
Mas doy que la equidad sea su norma,
doy que a vos mueva sólo de la patria
el sagrado interés y los derechos
de la que Reina de Albion se llama.
¿Osáis, decidme, prometer justicia
a mí, nacida en religión extraña
y en extraño país? De entrambos reinos
¿ya olvidasteis la lucha hereditaria?
¡Ay! destinada me creyera un día
de cuatro siglos a extinguir la saña
que del britano al escocés divide.
Cual Richemundo, un héroe de mi raza,
uniendo en su persona los derechos
de la purpúrea Rosa y de la blanca,
por siempre en este suelo que me oprime
la intestina discordia terminara;
yo esperaba también sobre mis sienes
reunir dos coronas adversarias,

y que entera esta isla bajo un cetro
feliz viviese en eternal alianza.

BURLEIGH

Dígalo quien os ve de la discordia
aquí agitar la tea sanguinaria,
proscribir nuestro culto, nuestra Reina...

MARÍA

¡Oh impostura! Cesad. Vuestras palabras
a Dios, milord, y a la justicia insultan.

BURLEIGH

Y ¡qué! ¿podéis la delincuente trama
de Babington negar? ¿Niega María
que desde su prisión las diestras arma
de fanáticos viles asesinos?
Vuestros criados mismos lo declaran.

MARÍA

Si a tal extremo mi desdicha llega
que sin fe y sin conciencia me difaman,
¿por qué no comparecen a mis ojos?
¿Por qué un derecho que al delito alcanza
negáis a la inocencia? El Parlamento
dictó no ha mucho un bill, si no me engaña
vuestro lord canciller, do se consiente
que el acusado al delator combata.
Bien que enemigo mío, sir Pauleto,
incapaz os confieso de falacia.
Hablad: ¿rige esta ley entre vosotros?

PAULETO

No lo niego.

MARÍA

¿Lo oís? Si de Bretaña
es fuerza que a las leyes me someta,
¿por qué no respetáis las que me amparan?

BURLEIGH

La prueba de otros crímenes...

MARÍA

¿Es eso
responderme, Burleigh?

BURLEIGH

Por vos la España,
por vos todos los Reyes de la Europa
sangrientas lides al inglés preparan.

MARÍA

Bien pudiera excitarlos a la guerra
con más derecho que Isabel tirana
para prenderme tuvo. Por ventura
¿vino a invadir María estas comarcas?
A sus brazos me acojo suplicante,
vengo a implorar auxilio de una hermana;
y cadenas me forja. A quien aleve
de la hospitalidad la ley quebranta
¿me liga algún deber? Si concibiera
de quebrantar mis hierros la esperanza,
si armase en mi favor a todo el orbe,
¿cuál es el recto juez que me culpara?
¿Cuándo, decidme, con mayor derecho
se invocó la fiereza de las armas?

BURLEIGH

No es sin ejemplo ya que el menos fuerte
de un derecho fatal víctima caiga.

MARÍA

Débil soy, es verdad, contra Isabela.
Triunfe pues su poder. ¿Por qué retarda
mi suplicio signar si lo ha jurado?
Mas no atestigüe la justicia santa
cuando sólo en su pecho fementido
la torpe voz de las pasiones habla.
El hipócrita velo al fin descorra
a su ambición, a su crueldad innata.
Confiese que a María su Senado
puede dar muerte aleve...; no juzgarla.

Escena VIII

BURLEIGH. PAULETO.

BURLEIGH

Pauleto, ¡qué altivez!... Ella no ignora
que en signar la sentencia deseada

Isabel indecisa titubea;
y aún triunfar imagina la insensata.
¡Qué sañosa mirada amenazante
me ha lanzado al partir! Mas su arrogancia
no intimida a Burleigh. Noble Pauleto,
perezca una extranjera temeraria.

PAULETO

El brazo de la ley pese sobre ella.
Mas mi labio, Burleigh, jamás disfrazo
la severa verdad. Bien que culpable,
en duras quejas su dolor exhala
no acaso sin razón. Esos testigos...

BURLEIGH

No los verá. Entre el llanto y las plegarias,
el ascendiente de su regia cuna,
Pauleto, a desmentirse los forzara.

PAULETO

Mas ¿qué dirá, Burleigh, de tantos argos
enemigos de Albión la lengua osada?

BURLEIGH

¡Oh si antes de pisar nuestras arenas
hubiera dado término la parca
a su vida fatal!

PAULETO

¡Pluguiera al cielo!

BURLEIGH

Naturaleza al menos excusara
su muerte a nuestras leyes.

PAULETO

Y a Inglaterra
los males, oh Burleigh, que le amenazan.

BURLEIGH

Mas ¿qué digo, Pauleto? Aún fenecida
en lecho amigo, en extranjera playa,
verdugos nos llamara la calumnia.

PAULETO

No temo yo murmuraciones vanas

si reposa incorrupta mi conciencia.

BURLEIGH

Y... si una mano sigilosa y cauta
diera a su vida fin, ¿qué testimonio
del vulgo las sospechas confirmara?

PAULETO

Milord, si es justo el golpe ¿a qué en tinieblas
fulminarlo una diestra mercenaria?

BURLEIGH

Si la justicia o la crueldad castiga
no examina jamás plebe insensata.
Mal tolera el rigor. Al débil siempre
acriminar al poderoso agrada.
Tal vez cuando castiga un soberano,
bien que murmure, sometido calla.
Como sexo más dulce y compasivo,
le indigna, aún justa, en la mujer la saña,
y poco aterra femenil coyunda.
Yo temo que Isabel si el vulgo clama...

PAULETO

El perdón... a María...

BURLEIGH

No. Ya es tarde.
O en la sangre se tiñe de su hermana,
o sucumbe Isabel. He aquí el tormento
que su angustiado corazón desgarrar
y tenaz le persigue noche y día.
En vano mudo el labio lo recata;
que yo en su rostro perspicaz lo leo.
Elocuentes me dicen sus miradas:
¿Por qué un súbdito fiel al pecho mío
la cruda alternativa audaz no arranca
de abandonar mi sangre a los verdugos
o mi pueblo infeliz a guerra infanda?

PAULETO

Y ¿quién será?, decid...

BURLEIGH

Aún de Isabela
brazos valientes el poder acatan.

Si... sagaces...

PAULETO

¡Oh cielos!

BURLEIGH

El lenguaje
de un tácito precepto interpretaran...

PAULETO

¡Qué oigo!

BURLEIGH

Si cuando el crimen horroroso
en sus manos entrega la venganza
no le guardasen cual sagrada joya...

PAULETO

El nombre de Isabel, su augusta fama
es joya inapreciable do Pauleto
jamás imprimirá tan torpe mancha.

BURLEIGH

La Reina al confiaros su custodia
creyó...

PAULETO

Creyó sin duda que a mis canas
en la equidad y en el honor crecidas
dignamente otra Reina confiaba.
Lejos de mí pensar que me repute
capaz de una bajeza tan villana.

BURLEIGH

Sola una ley, Pauleto, honor impone,
el verdadero honor, a quien lo abraza;
ser al estado fiel más que a sí mismo.
Tal vez con la apariencia de la infamia
se cubre alta virtud. Si vuestra mano
el saludable golpe no descarga,
permitid que otra sea...

PAULETO

¡Milord! nunca
hollará un asesino mi morada.
Mientras Pauleto a la Escocesa guarde

libre respira de alevosa daga.
La ley pronuncie. Si en cadalso horrendo
debe dar al cuchillo la garganta,
lean mis ojos la fatal sentencia,
y se abrirán las puertas de este alcázar.
En tanto, como noble caballero
la senda sigo que el deber me traza,
y al par que de ella mi lealtad responde
de vos respondo a la infeliz Estuarda.

ACTO II

Escena I

LEICESTER. PAULETO. SEIMUR. Varios señores del séquito de ISABEL en el foro.

LEICESTER
A PAULETO.

Sí, la Reina se acerca, que la caza
hasta Fotheringay lleva sus pasos.
Aquí un momento reposar desea.
Ordenad su hospedaje y, fiel vasallo,
a su encuentro salid.

Escena II

LEICESTER. SEIMUR.

LEICESTER
Seimur, yo triunfo.
Hoy de la Reina conseguir aguardo
que a su cautiva infortunada vea.
Su guardia se prevenga, y vos en tanto,
decidido, sagaz, en estos muros
a mi primer aviso preparaos.

SEIMUR
Todo os lo debo; honor, vida, riquezas.
Con mi celo contad.

LEICESTER
En él descanso.

Escena III

LEICESTER. MORTIMER.

MORTIMER
Solo está.

LEICESTER
Tal vez hoy, bella María,
el término verás de tu quebranto.

MORTIMER
Milord...

LEICESTER
¿Qué me queréis?... Mas vuestro rostro...
¡Oh Mortimer!

MORTIMER
La ausencia de cinco años...

LEICESTER
¡En Inglaterra vos!

MORTIMER
Son pocos días
que vi de nuevo los nativos campos.

LEICESTER
Mas vuestra turbación... ¿De dónde nace
ese inquieto mirar?

MORTIMER
Se acerca a la puerta principal, observa, y vuelve al proscenio.
Solos estamos.

LEICESTER
¿Por qué tanto secreto?

MORTIMER
Nos conviene.

LEICESTER
¿Qué me queréis decir?

MORTIMER

Este palacio
mansión es de una Reina prisionera;
de la mísera Estuarda.

LEICESTER

Mas...

MORTIMER

¿Hablaros
puedo con libertad?

LEICESTER

¿Y en vos, decidme,
puede fiar Leicester?

MORTIMER

Prenda os traigo
de mi fe. Vedla aquí.
Muestra el anillo.

LEICESTER

¡María! ¡Oh cielos!
Bajad la voz. Pudieran observarnos.

MORTIMER

Ella me envía a vos. Entre nosotros
quiere que de su suerte decidamos.
Puedo verla, milord; puedo instruirla
de los designios vuestros. Mas no alcanzo
cómo Leicester que su muerte ansiaba,
aquel Leicester de Isabel privado,
juez de María y opresor sangriento,
es en quien busca la infeliz amparo.

LEICESTER

Mortimer... Mas decidme, a su partido
¿cuál oculto interés pudo ligaros?

MORTIMER

¿Cuál interés? El que a la Francia mueve
por la que fue su Reina; el de su hermano,
el de los nobles príncipes Lorenas
que su salud confían a mi brazo;
el de la fe católica ultrajada

mientras empuñe el cetro soberano
una herética Reina, fe ardorosa,
origen, norte a mis designios arduos.
¿Cuál interés? El de mi cara patria
de usurpadora infiel sujeta al mando;
el de tantos amigos generosos
que por María combatir juraron,
sin otro premio que morir por ella,
o de su libertad ceñir el lauro.
¿Quién sin gemir la ve, quién sin amarla
a no tener el corazón de mármol?
He aquí el interés que desde el Sena
tornó mi planta a los hogares patrios.

LEICESTER

Dadme esa diestra, amigo. No ignoraba
que la fe del Pontífice romano
abrazasteis en Francia. Perdonadme
si en descubrirme a vos he vacilado.
¿De quién no desconfía el que en la corte
cercado vive de enemigos tantos?
Mas ya no dudo en vos del pecho mío
depositar los íntimos arcanos.
Mortimer, no os sorprenda mi conducta.
Bien que me llame el vulgo su contrario,
jamás lo fuí de la infeliz Estuarda.
¿Y cómo si algún día en dulce lazo
consagrarla esperaba mi existencia?
Sí, amigo, yo la amé, y aunque lejano
de su beldad a la britana corte
las leyes del destino me llevaron,
mi corazón fue suyo largo tiempo.
Mas de perpetua fe, ¿qué pecho humano
pudiera responder? Los atractivos,
la gloria de Isabel, su regio fausto,
sus favores en fin, nueva esperanza,
nuevo ardor a Leicester inspiraron.
¡Feliz vos que ignoráis las seducciones
que encierran en su centro los palacios,
y el imperio inaudito que en el suyo
ejercen de Isabela los encantos!
Orgullosa a mis ojos parecía
en todo su esplendor. Cien cortesanos
en muda servidumbre respetuosa,
los Reyes su alianza mendigando,
tanto amante a sus pies de regia cuna,

y todos por mí sólo desdeñados...
Árbitro yo de su brillante corte,
caudillo de sus tropas soberano,
joven y, lo confieso, no insensible
tal vez de la ambición a los halagos,
¿cómo triunfar en tan difícil lucha?
Cedo. Lejos de mí, me ofrece en vano
María una diadema; que al delirio
de más sublime unión sacrificando
su juventud, sus gracias, su grandeza,
mi mente elevo hasta el dosel britano.

MORTIMER

Lo sé, y a tal designio no pensaba
que hubiera ya Leicester renunciado,
pues tanto amiga suerte le sonrío.

LEICESTER

¡Ay Mortimer! Dos lustros necio esclavo
de esperanza falaz, ¡cuánto he sufrido
hasta que el rostro vi del desengaño!
¡Me creían dichoso! ¡me envidiaban!
¡Y cuál ha sido mi vivir amargo
desde que al cebo de ambición dañosa
por mi mal me arrojé! Mísero blanco
a la envidia mordaz de mis rivales,
afrentoso juguete, vil escarnio
de una mujer despótica y altiva,
que hoy me acaricia con risueño labio
y mañana inconstante me desprecia,
oprimido sin tregua, atormentado
no menos por su amor que por su saña...
¡Y cuando el fruto recoger aguardo
de mi eterno sufrir, cuando imagino
el despecho colmar de mis contrarios,
el trono inglés a un Médicis promete
y huye mi dicha como el humo vano!

MORTIMER

Os comprendo, milord. Cuando Isabela
abate vuestro orgullo temerario,
cual marinero asido a frágil tabla
el puerto anhela en mísero naufragio,
unís vuestro destino al de María.
Perdéis uno, otro cetro a vuestra mano
es forzoso, Leicester. Ya concibo

cuál amor es el vuestro.

LEICESTER

Si quebranto

los hierros de María, sus derechos
puedo hacer respetar al anglicano.

Aunque Isabel me ultraje y me desdeñe,
más que imaginan mi poder es alto;
y sea en fin cual fuere mi esperanza,
a María de nuevo me consagro.

Yo, que pude en los días de su gloria
serla infiel sin baldón, hoy la idolatro.

Hoy desde el centro de oprobiosa cárcel
a mis ojos, un tiempo fascinados,
amable cual jamás parece Estuarda.

De dulce compasión el eco blando
acrece su beldad. Correr sus días
dolido veo en angustioso llanto,
y su infortunio la ceniza inflama
de aquel antiguo ardor mal apagado.

Siento al fin cuál tesoro inapreciable
perdía en ella. Mido con espanto
el hondo abismo ante su planta abierto,
y a salvarla celoso me preparo.

Mano fiel mi designio le revela
y la esperanza que en el alma guardo;
mi protección acepta, mi ternura,
y en ser mía consiente si la salvo.

MORTIMER

¡Vuestra! ¿Y se atreve a encomendar la vida
al más fiero y tenaz de sus contrarios?

¡La amáis! ¿Por qué del Parlamento infame
sufrís, apresuráis el negro fallo?

¡Desdichada, a Leicester te abandonas,
y él te conduce al hórrido cadalso!

LEICESTER

No me acuséis. A su inhumana muerte
yo he debido asentir en el Senado;
que mal a Estuarda del funesto juicio
pudiera libertar sólo mi labio,

y el poderoso influjo perdería
de que en secreto por su bien me valgo.
Temo a Burleigh, su saña, sus sospechas,
mas en el alma de la Reina labro.

¿Imagináis que de Isabel la planta
hoy a este alcázar lleva el ciego acaso?
Obra mía es su viaje. Cauteloso
dignos parciales del linaje Estuardo
en su brillante séquito confundo.
Murray, Seimur, Melvil, aquel anciano
noble escocés cuya virtud austera
por María combate sin descanso.
Bien que escocés y súbdito de Roma,
tal vez suele la Reina consultarlo;
que no teme traición en quien su sangre
libró dos veces del puñal insano.

MORTIMER

Mas ¿qué intentáis?

LEICESTER

Que vea a su cautiva;
y hoy mismo la verá, sí; que diez años,
bien que la mía dominar presuma,
a penetrar en su alma me enseñaron.
Quizá en bien de la hermana que aborrece
ella misma conspira mal su grado.
De ver a la que envidia aún en prisiones
mal se resiste al femenil conato.
Aún empero vacila; al par la veo
frágil, tierna mujer, y audaz tirano,
y acordar a mis votos aparenta
lo mismo que su pecho está anhelando.

MORTIMER

¿Y qué bien su coloquio nos ofrece?

LEICESTER

Que de María se enterezca al llanto,
o al menos sin deshonor ya no pueda
al cuchillo librar su cuello infausto.

MORTIMER

Mas si fuere Isabel inexorable,
¿qué haréis?

LEICESTER

Cuando no caiga en este lazo
a medio más seguro apelaremos.

MORTIMER
Sólo hay uno, milord.

LEICESTER
¿Cuál?

MORTIMER
Hoy la salvo
si apoyáis mi valor.

LEICESTER
¡Ah! me horrorizo.
¿Queréis...

MORTIMER
Quiero que me abra sanguinario
ancha senda el acero hasta su cárcel.
Al generoso golpe preparados
mis amigos están.

LEICESTER
¿Tenéis amigos
del arcano fatal depositarios?

MORTIMER
Sí, ya lo dije, que morir por ella
o libertarla juran.

LEICESTER
¡Desdichados!
¡A qué abismo un demente los conduce
y con ellos a mí!... ¿Saben mi arcano?

MORTIMER
No temáis; el designio es todo mío;
y sabría sin vos ejecutarlo,
mas la Reina...

LEICESTER
Decid: vuestros parciales
¿oyeron pronunciar a vuestro labio
el nombre mío?

MORTIMER
¡No. No! ¡Qué temores!
¿Sois vos, sois vos el que la adora tanto?

¡Os vale un trono redimir su vida,
ya se eleva el patíbulo nefario,
y al ofreceréis imprevisto apoyo
mostráis, no gozo, femenino espanto!

LEICESTER

La precipitación es peligrosa.

MORTIMER

Y la indolencia más.

LEICESTER

Un insensato
a inminente peligro sólo puede
vanamente correr.

MORTIMER

Milord, su mano
vos codiciáis; su libertad nosotros.

LEICESTER

En vos ya es excesivo el entusiasmo.

MORTIMER

Y la prudencia en vos.

LEICESTER

Yo los peligros
cauto sé prevenir.

MORTIMER

Yo sé arrostrarlos.

LEICESTER

Así podéis perderos.

MORTIMER

O salvarla.

LEICESTER

Norfolk con igual celo temerario
¿la salvó por ventura?

MORTIMER

Mostró al menos
que digno de ella fue.

LEICESTER

Mal entregando
fanático al verdugo la cabeza,
mal a la Reina serviréis.

MORTIMER

¿Y acaso
si me aterro al aspecto de la muerte
la serviré mejor?

LEICESTER

¡Joven osado!
¿Dónde os lleva un frenético delirio?
¡Violencia! ¡sedición! ¿Sabéis incauto
que innumerables ojos delatores
en torno nuestro son? De Enrique Octavo
¿conocéis a la impía sucesora?
¿ignoráis su poder ilimitado?
¿ignoráis que a sus ojos penetrantes,
aunque la vele tenebroso manto,
no hay trama que se oculte?... ¿Oís? Ya viene.
Más tarde nos veremos. Domináos.
Componed vuestro rostro; no declare
de mi alma los secretos mal su grado.

Escena IV

LEICESTER. MORTIMER. ISABEL. MELVIL, BURLEIGH. PAULETO. DAMAS.
CORTESANOS.
PAJES, ETC.

BURLEIGH

Perdonad si cual súbdito celoso
con tanta libertad, oh Reina, os hablo.
¿Qué designio, qué error aquí os conduce?
¿Cuál es el fementido cortesano
que os aconseja así? ¡Ver a María
cuando se acerca ya su fin aciago!
No, no lo haréis; ni consentirlo puedo.
Creedme, no escuchéis en vuestro daño
la voz de la piedad. Más imperioso
clama el bien del altar y el del estado.

ISABEL

¿Quién os dijo que verla es mi designio;
que de su carta los dolientes rasgos
triumfan de mi justicia? Mas leyendo
sus súplicas amargas, su quebranto,
mal lo puedo negar, los ojos míos
en lágrimas ardientes se bañaron.
He aquí tu mansión, mísera Estuarda;
mansión de aquella que el fugaz halago
leda gozó de la fortuna un día
la que en el trono altivo de los galos
ufana se sentó; la que en su diestra
unir pensó tres cetros soberanos.
Vedla. ¡Cuán abatida gime ahora!
Mi corazón se aflige contemplando
la nada de las frágiles grandezas,
del trono mismo el esplendor precario
que sañudo el destino impenetrable
extingue a su placer. Tiemblo, me pasmo
viendo tan cerca de mi frente misma
de su justicia descender el rayo.

MELVIL

La voz de Dios ¡oh Reina! os habla ahora.
Al impulso ceded involuntario
de vuestro corazón. Estuarda os vea
cual ángel luminoso que del alto
baja a ahuyentar la noche de su cárcel.
Vanamente detiene vuestros pasos
la diestra adulación, si ya en el alma
un suplicio abjuráis tan inhumano.
En vano invocan la equidad, las leyes.
Declarad que la sangre, los estragos
son horribles, Señora, a vuestros ojos.
El rostro en justa cólera inflamado
mostrad al complaciente consejero,
y de lenguaje cambiará su labio;
y esa necesidad tan decantada
huirá cual nube que disipa el austro.
¡Vedla, Señora, por la vez primera!
Nada en favor nos habla de un extraño.
Vedla, y habrá perdón. A vuestro sexo
dio el cielo la bondad. El yugo blando
de una mujer Bretaña reconozca.
Si en esta isla el cetro sacrosanto
concede antigua ley a las princesas,
no lo dudéis, legisladores sabios

al poder de la excelsa monarquía
hermanar la clemencia desearon.

ISABEL

Basta, Melvil. La Providencia suma
a la duda fatal en que batallo
término dé felice, mi clemencia
con el bien de mis pueblos conciliando.
Tal es mi voto y la esperanza mía.
Escuchadme, Leicester. Retiráos.

Escena V

ISABEL. LEICESTER.

ISABEL

Conde, ¿qué meditáis? Turbado os veo,
taciturno, sombrío...

LEICESTER

¿Yo?...

ISABEL

Sí.

LEICESTER

Acaso
no sin razón, Señora.

ISABEL

¿Y cuál?

LEICESTER

¡Ay triste!

ISABEL

¿Por qué exhalar suspiros tan amargos?

LEICESTER

¿Vos me lo preguntáis, cuando olvidada
de que un día mi amor os fue tan grato,
de Anjú muy pronto al venturoso duque
queréis uniros en perpetuo lazo?

ISABEL

Como amiga os oyera, y ese nudo
lamentara con vos a que el estado
fuerza mi corazón, si como Reina
de vos no me quejara.

LEICESTER

¡De mí! ¡Cuándo...

ISABEL

De vos. ¿A qué mansión guiáis mi planta?
¿Cómo sin pretenderlo aquí me hallo?
Pronto dirá al inglés y al orbe todo
la lengua vil del enemigo bando
que a escarnecer en su desgracia vengo
a esa Reina infeliz. ¿Así un vasallo,
así atenta Leicester a mi gloria?

LEICESTER

Sí, Señora; yo el móvil me declaro
que a la prisión os lleva de María.
Si este designio de que yo me jacto
juzgáis inoportuno, castigadme;
pero si a vuestro bien que me es tan caro
puede ser útil, o quizá forzoso,
aplaudirlo debéis y ejecutarlo.
Ya sobre su cerviz vuestra cautiva
del filo de la ley siente el amago.
Todo el orbe os espía en tal instante.
Mostradle al menos que al severo fallo
cedéis de la justicia y no al acento
de venganza feroz. Mostrad que humano
el corazón os habla por María;
que al fin su hermana sois.

ISABEL

No, que si estampo
en su prisión el pie, perdón la llevo.

LEICESTER

¿Quién, Señora, al perdón puede forzaros?
Seréis árbitro siempre de su vida.
Inmoladla después a vuestro agrado.
¿Qué digo? En sempiterno cautiverio
Estuarda acabe sus dolientes años.
¿Qué suplicio mayor para una Reina?
No de su muerte el fúnebre aparato

arda en furor al insolente vulgo.
Siempre dispuesto a conceder su amparo
al que oprimido juzga, es su delicia
turbar el triunfo del poder humano;
apellida virtud al infortunio;
y si a piedad le mueve aún el malvado,
¿qué hará si una mujer, una princesa
es sentenciada al público cadalso?

ISABEL

¡Cuán injusto es el vulgo! Acaso juzga
que yo la muerte de María fraguo
porque pálida envidia me devora...
Mas cuando os veo defenderla osado
de mi justo furor; cuando arrogante
conmigo misma que en Bretaña mando
se atreve a combatir, y aún despojada
del trono y de la patria no la abato;
no sin razón a la feliz María
pudiera yo envidiar. Mientras me aplaudo
de vencer a los Reyes en virtudes,
ella es toda mujer. ¡Y los sufragios
merece de las gentes! ¡y la adoran,
la engrandecen mis propios cortesanos
en la presencia mía! ¡y en cadenas
triumfa de mí su orgullo temerario!

LEICESTER

Si queréis abatirlo para siempre,
basta que la veáis. No tanto el rayo
la pudiera aterrar, aunque piadosa
entrar os viera a serenar su llanto.
Mostradle entre la pompa y los laureles
el bello rostro que de nuevo ornato
vuestra virtud circunda y vuestra gloria.
Oponed vuestros fúlgidos encantos
a su semblante pálido y marchito.
Yo que, aún sin esperanza, fiel os amo
el triunfo cantaré de esa hermosura
que sólo al fuego de mi amor comparo.

ISABEL

¡Cuál es vuestro poder sobre mi alma!
Mas Burleigh, buen inglés, ministro sabio,
no verla me aconseja.

LEICESTER

Burleigh... Creo
que el bien de vuestro imperio es su conato.
Mas ¿sólo a él inspira vuestra gloria?
Vos misma ¿nada sois? ¡Oh mengua! Un acto
de mera humanidad que honor os manda
¿lo ha de reglar también razón de estado?
Digno es de vos, Señora. Acaso él solo
la pública opinión puede ganaros.
Y una vez a esta torre el pie movido,
¿quién creará que Isabel a su palacio
sin verla regresó?

ISABEL

Ver a María
¿no será perdonarla?

LEICESTER

Preguntadlo
a vuestro corazón.

ISABEL

¿Sé yo, ¡infelice!
sé yo lo que deseo? Errante vago
de un pensamiento en otro y congojada,
senda no veo en tan horrible caos.
¿Queréis que vea de mi sangre misma
en estrecha prisión el duelo amargo?

LEICESTER

No, que vuestra alma generosa y bella
se cubriría de mortal quebranto.
De su negra mansión salga María,
y libre pueda recorrer los atrios,
los muros, los jardines. Vuestro encuentro
parecerá un efecto del acaso.
Presente solo yo... Mas vuestros ojos
plácida a mí volvéis. ¡Feliz presagio!

ISABEL

¡Vos lo queréis, Leicester!... Yo debiera...
Basta; a vos me abandono. Habéis triunfado.

ACTO III

Escena I

MARÍA. ANA.

ANA

Reprimid vuestro júbilo, Señora.
Detened vuestro paso. ¿Qué delirio
os turba la razón?

MARÍA

Deja que goce
de un bien inesperado. ¡Ay! a mi arbitrio
vagar me deja por el ancho alcázar.
A mi ansioso mirar pobre recinto
el ámbito del orbe pareciera.
¿No es ilusión? ¿Es cierto que respiro
lejos del hondo calabozo horrible
do viví sepultada? El vasto Olimpo
¡cuán sereno! ¡cuán plácido es el día!
¡Ay! deja que se embriaguen mis sentidos
del éter puro, de la luz hermosa.

ANA

¡Ah! no libre os juzguéis. El triste alivio
de más lata prisión sólo os acuerdan.

MARÍA

¿Por qué turbas, cruel, mi regocijo?
Deja a lo menos que feliz me sueñe
mientras en cárcel lóbrega no gimo.
Ancho horizonte, espacio interminable
ábrese al fin ante los ojos míos.
Mira: aquella es mi patria. ¡Allí la Escocia!
Esas nubes tal vez en raudo giro
ayer cubrieron mi paterno alcázar.
Míralas descender del Norte frío
y a la Francia volar. ¡Nubes felices,
salud a aquel suelo que bendigo,
a aquellas playas que los días vieron
de mi breve niñez correr tranquilos!

ANA

¡Señora!

MARÍA

¡Ah! yo recobro la esperanza
que desterré del pecho dolorido
al ver de nuevo ¡oh sol! tu luz radiante.

ANA

¡Mirad que acaso un pérfido enemigo
observa vuestros pasos!

MARÍA

No, no puede
de mi pecho mentir el vaticinio.
Sí, libre me verás, Ana querida.
Este leve favor abre camino
a ventura más alta. En mi consuelo
obra la mano de mi fiel amigo,
de mi caro Leicester. Cada día
menos pesados me serán los grillos,
y al fin entera me dará piadoso
la dulce libertad por que suspiro.

ANA

¡Al cielo plegue! Pero ¿quién pudiera,
una vez pronunciado el fallo inicuo...

MARÍA

¿No escuchas a lo lejos en el bosque
de venatoria trompa el bronco ruido
y al sabueso latir, bramar al ciervo?
¡Oh si dado me fuese a mi albedrío
de un bridón oprimiendo los ijares
en pos lanzarme del venado esquivo!
¡Oh dulces, oh belísonos acentos!
¡Cuántas veces sonasteis a mi oído
en los ásperos montes caledonios
que al mundo acuerdan mi esplendor antiguo!

ANA

Pauleto.

Escena II

MARÍA. PAULETO. ANA.

PAULETO

A vos, Señora, nuncio vengo
de inesperado insigne beneficio.

MARÍA

¿Qué decís?

PAULETO

¿Escucháis clamor de caza
en la selva sonar?

MARÍA

Tiemblo de oídos.

PAULETO

La Reina viene.

MARÍA

¡Oh cielo!

PAULETO

Vais a verla.
Vuestros votos se cumplen.

ANA

¡Ah! ¡qué miro!
Descolorida vuestra regia frente...

PAULETO

¿Teméis su vista? Vuestro labio mismo
mil veces la imploró. Prestadle ahora
toda vuestra elocuencia; que, os lo aviso,
bien la habréis menester.

MARÍA

Mortal espanto
llena mi corazón. ¿Dónde un abrigo
de hoy más hallar contra su fiero encono?
Huyamos...

PAULETO

Esperad en este sitio
a vuestro juez.

Escena III

MARÍA. PAULETO. ANA. MELVIL.

MELVIL
¡Señora!

MARÍA
¿No me engaño?
¡Sois vos, Melvil! ¡Gran Dios!

MELVIL
La mano os pido.

MARÍA
De gozo y de inquietud me cubro al veros.

MELVIL
¡No así esperaba en días más tranquilos
a mi Señora ver!

MARÍA
Al fin, decidme,
¿depone ya Isabel su ceño esquivo?

MELVIL
Así lo creo.

MARÍA
Amigo generoso,
de constante lealtad nuevo prodigio,
vos a quien sólo mi interés mantiene
a la orilla del Támesis maligno,
¿qué me anunciáis?

MELVIL
Participad, Señora,
de la dulce esperanza que concibo.

MARÍA
¿Cuál?

MELVIL
Aquí está la Reina.

MARÍA
¿Y yo he de verla?

No. ¡Jamás!

MELVIL

A su corte me anticipo;
no turbada os sorprenda.

MARÍA

Verla ansiaba.

Mil veces en mi lóbrego retiro
el discurso trazaba lastimero
que resonar debiera en sus oídos,
y estudiaba mi voz, mis ademanes
para ablandar su corazón de risco.
Ella va a parecer, y mi ternura,
mi elocuente dolor lego al olvido.
Sólo recuerdo su crueldad, mi ultraje;
sólo venganza, indignación respiro.

MELVIL

¡Gran Dios! ¡Qué me decís!

MARÍA

Melvil, lo veo;
con su vista imploraba mi suplicio.
Jamás debí pensarlo; que no hay fuerza
capaz de unir su corazón al mío.
No, que hartos son profundas mis heridas;
hartos por esa pérfida he sufrido.

MELVIL

Abandonad tan negros pensamientos.
Sólo considerad que Dios benigno
hoy quizá dará fin a vuestros males.
Goza Isabel supremo poderío.
No ya vuestros derechos ultrajados;
su clemencia implorad. Vuestro destino
de ella sola depende, vuestra vida.
Humillaos, Señora.

MARÍA

¿Yo? ¡Qué has dicho!
¿Delante de Isabel? ¡Jamás!

MELVIL

Sin llanto
no ha pisado Isabel este castillo.

Yo lo he visto en sus párpados.

MARÍA

A verme
no vendrá sin Burleigh, su atroz ministro.

MELVIL

Sólo el conde Leicester la acompaña.

MARÍA

¿Leicester? De su pecho compasivo
no en vano lo esperé.

MELVIL

¡Cómo...!

PAULETO

La Reina.

Escena IV

MARÍA. PAULETO. MELVIL. ANA. ISABEL. LEICESTER. Séquito de ISABEL.

ISABEL

Sola quiero partir. Así consigo
del popular aplauso libertarme
que do quiera me sigue enardecido.
Partid. La corte me preceda a Londres.

Se retira el séquito. ISABEL se dirige a MELVIL y fija los ojos en MARÍA.

El amor de mi pueblo es ya excesivo.
Así se honra a Dios, no a los humanos.

MARÍA, apoyada sobre ANA, alza la cabeza al oír estas últimas palabras. Se encuentran sus ojos con los de ISABEL, y aterrada vuelve a apoyarse en el seno de su nodriza.

MARÍA

¡Ah! ¡Qué yerta mirada! En ella he visto
su corazón entero.

ANA

(En voz baja.)
¡Ved que os oye!

ISABEL

¿Quién es esa mujer? ¿Calláis? Decidlo.
Un momento de silencio.

LEICESTER

Por nosotros respondan esos muros.

ISABEL

¿Quién osó...? Mal mi cólera reprimo.

LEICESTER

Ya que la suerte a la prisión os lleva
de María infelice, oid el grito
de vuestro corazón.

MELVIL

A su morada
Dios santo pudo sólo conducirlos.
Miradla bondadosa. A vuestra vista
ya la amenaza ¡oh Dios! mortal deliquio.

MARÍA se esfuerza a marchar hacia ISABEL, mas temblando se detiene a la mitad del camino. Su rostro manifiesta el combate violento de su alma.

ISABEL

¿Dónde el remordimiento que alegaban?
De su respeto y su humildad ¿qué ha sido?
Una mujer audaz tan sólo veo,
más altanera cuanto más la oprimo.

MARÍA

Pues ya es fuerza, Señora, que me rinda,
a esta mengua postrera me resigno.
Huye, impotente orgullo, y no me acuerdes
que en soberano tálamo he nacido.
Humíllate, María, ante las plantas
de aquella misma que forjó tus grillos.
El cielo pronunció: su providencia
no os ha acordado el triunfo sin designio.
Sus arcanos altísimos venero.
La mano adoro que elevaros quiso
y a Estuarda confundir. Vos en el alma
abrid, Señora, abrid plácido asilo
a la dulce piedad. No ya mi trono;
la ansiada libertad sólo mendigo.
Tendedme ¡oh Reina! la amigable diestra,

que vuestra hermana soy.

ISABEL

El Juez divino
digno lugar os da. Por sus bondades
gracias inmensas sin cesar le rindo.
Él me salvó de vuestra saña impía,
y su eterna equidad no ha permitido
que a vuestros pies yo gima sonrojada
cual os veo gemir ante los míos.

MARÍA

Instable es la fortuna. A veces abre
al pie del trono horrible precipicio.
Mísera fuisteis y cautiva un tiempo.
Temed, temed del hado vengativo
el severo retorno. A la arrogancia
también decreta Dios justo castigo.
Honrándome os honráis. De vuestra gloria
no mancilléis, Señora, el alto brillo
y de Tudor la esclarecida sangre.
Me resta una esperanza... ¡Oh del Empíreo
inefable Señor! mueve mi labio,
que en él mi muerte o mi ventura fío.
No a mi clamor seáis roca insensible.
Mientras inmóvil y en mi rostro fijo
ese crudo mirar hiele mi sangre,
¿cómo a los ruegos hallaré camino?

ISABEL

¿Y qué diréis? Consiento en escucharos,
y, no al rencor, a la piedad me libro.
Quizá me culpen, que amagó a mi sangre
tres veces, lo sabéis, hierro asesino.

ISABEL se ha acercado a MARÍA. Los dos lores permanecen apartados.

MARÍA

¿Por dónde principiar? ¿Cuáles acentos
a mi labio prestar en tal peligro?
¿Cómo sin acusaros defenderme?
Inicua fuisteis y cruel conmigo.
A vuestra fe me acojo suplicante,
para mi albergue vuestro hogar elijo;
y las sagradas leyes ultrajando
de la hospitalidad, que humilde os pido,

y del trono violando los derechos
me encerráis en los muros de un castillo.
De mi excelsa grandeza despojada,
sin parciales, sin siervos, sin auxilios,
yo Soberana conducir me veo
ante la faz de tribunal indigno.
Mas cubra eterno velo mis injurias.
Sólo acuso a los hados enemigos.
Mal su grado Isabela me persigue.
Algún genio lanzado del abismo
en nuestras almas engendró la ira,
y obra fue lo demás de hombres inicuos.
Si diestras hubo contra vos armadas,
yo jamás provoqué su fanatismo.
Nada resta a mi lengua. Vos ahora
el juez seréis de entrambas. Si han podido
ofender a Isabela mis acentos,
tal no ha sido, os lo juro, mi designio.

ISABEL

No mi rigor culpéis. Vuestra desgracia
no imputéis a la saña del destino.
A vos misma acusad, a vuestros celos,
y de Lorena al bando fementido.
Blanda paz nos unía cuando Guisa
extendió su codicia a mis dominios,
no satisfecho con mandar la Francia.
Fatal os fue su orgullo. El atractivo
él mostró a vuestros ojos imprudente
del trono de mis padres. Él os hizo
con mi sagrado título y mis armas
a la faz de la Europa revestiros,
y el pendón arboló de insana guerra.
¿Cuál medio perdonó, cuál artificio
su ambición contra mí? ¿cuál vuestra ira?
¿quién a Roma instigó, quién a Filipo
y a tantos Reyes, quién, para arrancarme
el solio de Bretaña esclarecido
que la sangre me diera, y mi desnudo,
y el amor de los pueblos que domino?
Triunfé yo sola de enemigos tantos,
y de Inglaterra los valientes hijos
felices son bajo mi blando yugo.
Llenos de mies do quier mis campos miro,
de tesoros sin cuento mis ciudades,
mis reales de soldados aguerridos,

mis arsenales de lucientes armas,
y el Océano pueblan mis navíos.
Hija he nacido del Octavo Enrique
y de seguir sus huellas me glorío.
En vano, en vano al ignorante vulgo
se proclama el perjurio, el regicidio.
En vano encarnizada me rodea
de lazos la traición y de asesinos.
No triunfará Lorena, que sus tramas
frustrará mi valor y el cielo mismo.
Sañudo amenazaba a mi cabeza,
y a la vuestra prepara atroz cuchillo.

MARÍA

Yo me someto a Dios, y por su gloria
bendeciré la palma del martirio.
Mas vos no abusaréis, así lo espero,
de un funesto poder.

Ahora se acercan LEICESTER y MELVIL a las dos REINAS.

ISABEL

Si el rayo vibro
contra vos, con ejemplos de Lorena
y de Carlos Noveno lo autorizo.
Harta de sangre me mostró su mano
qué fe debe guardarse a un enemigo.

MARÍA

Vos fuisteis móvil del encono nuestro.
¿Por qué sin descender del trono altivo
no me reconocisteis heredera?

ISABEL

Sí, proteger debí vuestro partido,
y yo misma a mi pueblo presentaros
cual digna sucesora: yo que aún vivo
y en Inglaterra soberana reino...

MARÍA

Reinad. Ya vuestro solio no codicio.
¡Mal dice a mi dolor! Vedme agostada
en la flor de mis años como lirio
que abate el aquilón. ¡No soy mi sombra!...
Venturosa reinad, y a mis suspiros
el perdón conceded; que tal intento

os trajo a mi prisión; sí; no imagino
que insultar a su víctima tan sólo
vuestro pecho magnánimo ha querido.
¡Ah! quebrantad mis hierros y de Escocia
abridme luego el plácido camino.
Mi dulce libertad por vos robada
recibiré de vos cual beneficio.
¡Hablad ¡hablad! De vuestro labio pendo.
Termine ya mi bárbaro conflicto.
¡Ay mísera de vos si a consolarme
tenaz se niega vuestro labio impío!
¡Ay si me condenáis! ¡Qué de tormentos
rasgarán vuestro pecho de continuo!
Por todos los tesoros de Occidente,
por cuanto alumbra el Hacedor divino
parecer no quisiera a vuestros ojos
lo que vos parecierais a los míos.

ISABEL

Mas si de vos me duelo, si al impulso
de la piedad que me inspiráis me rindo,
si acalla mi clemencia a la justicia,
¿no aguzarán, decidme, esos hechizos,
aún a vuestro pesar, de mil parciales
contra mi seno el pérfido cuchillo?
¿No habrá un nuevo Norfolk que os ame tierno?

MARÍA

¡No puedo más!...

ISABEL

Tal vez en su castigo
quien pretenda agradaros escarmiente:
he aquí la esperanza en que confío.
No son todos Norfolk. Saben los hombres
que vuestro amor fatal guía al suplicio.

MARÍA

¡Isabel!

ISABEL

Observad aquel semblante,
Conde, observad en él claros indicios
de su interno furor. Lo veis, María;
yo estoy serena y al perdón me inclino.
A vos, decid, ¿por qué tanto os altera

el nombre de Norfolk? Mas no me admiro.
Nos escucha Leicester. Y ¡qué! Un día
¿no blasonasteis de su fiel cariño?
Ni es este sólo el descubierto arcano
que vuestro corazón muestra a los siglos.

MARÍA

Nunca Estuarda a los ojos de los hombres
mostrar su corazón, nunca ha temido.
Lo ven, me juzgan...; y quizá me acusen;
mas nunca disfrazó mis extravíos
velo impostor, hipocresía infame.
¡Ay si de la verdad que siempre animo
luce en torno de vos la antorcha santa!
¡Cuál será vuestra fama!... No la envidio.

MELVIL

¡Oh justos cielos! ¿Y la paz es ésta?
Mirad...
Se adelanta y se coloca entre las dos.

MARÍA

¡Oh exceso bárbaro, inaudito
de fiero orgullo y de crueldad rabiosa!
¡Oh corazón en la maldad nutrido!
No más, no más callar; basta de oprobio.
Ya el sufrimiento en mí fuera delito.
Dejad, dejad que mi violenta saña
lance sin freno, y ponzoñoso filo
sean de la inocencia los clamores
a ese pérfido pecho que abomino.

ISABEL

A los lores.
Seguidme.

MELVIL

Reina, su dolor la ciega.
¡Ah! perdonadla. A vuestros pies me humillo.

LEICESTER

Abandonad, Señora, estos umbrales;
por el Dios que nos oye os lo suplico.
No la escuchéis. Venid.

MARÍA

Torpe adulterio
al mundo te arrojó. Tu pie maldito
el trono ha profanado de Bretaña,
¡hija de Ana Bolena!, el trono invicto
que me usurpas a mí. Yo soy tu Reina,
y tú del orbe entero vil ludibrio
debieras ser, traidora; mas del cielo
la eterna maldición llevas contigo.

ISABEL

Hoy mismo se verá, mujer osada,
cuál reina de las dos.

Parte ISABEL rápidamente. LEICESTER y MELVIL la siguen en la mayor
agitación.

Escena V

MARÍA. ANA.

ANA

¡Ah! ¿Qué habéis dicho?
¿Por qué ultrajarla? ¡Oh Dios! Sañuda parte.
¡No hay esperanza ya!

MARÍA

¡Triunfé! Propicio
me fue el hado una vez. Abro mi tumba,
mas no a lo menos sin venganza espiro.
¡Cuánto a mi corazón grata sonaba!
¡De qué terrible peso al fin le alivio!
Huye Isabel ¡oh gozo! y lleva huyendo
fiero puñal en sus entrañas fijo.

ANA

¡Oh victoria fatal! ¡oh gozo breve!
Es Reina, y vuestro labio enfurecido
a los ojos la ultraja de su amante.

MARÍA

Sí, de Leicester. ¡Ah! nuevo incentivo
a mi valor prestaba su presencia.
Mi triunfo vía en su semblante escrito.
¡Yo reinaba a sus ojos!

ANA
¡Burleigh!

MARÍA
¡Monstruo!...
Huyamos. A su vista me horrorizo.

Escena VI

PAULETO. BURLEIGH. DOS CRIADOS DE PAULETO.

BURLEIGH
¡Oh arrogancia! ¡oh furor! ¡Ante mi Reina!...
Torne a todo el rigor de su destino;
torne a gemir en negro calabozo.
Quizá lo suyos traman con sigilo
cruenta sedición. Venid, Pauleto.
Entregadme los pérfidos escritos
a Estuarda por mi orden arrancados.
Velad con Mortimer. Ningún aviso
de su bando execrable aquí penetre.
Sospechas tengo ya... Si las confirmo,
¡ay del aleve que a Isabel seduce!
¡Ay, si traidor de su fatal prestigio
abusare en favor de la Escocesa!...
Incauto, ciego corre a su exterminio.
¡Pueda yo descubrir tanto misterio
y castigar a un tiempo dos delitos!
Venid. Salvemos a la cara patria.
En el público bien mi gloria cifro.

ACTO IV

Escena I

LEICESTER. BURLEIGH.

LEICESTER
¿Qué pretendéis, milord? ¿En tal momento
a la Reina lleváis la atroz sentencia?
¿No teméis que la muerte de María
más se atribuya a la venganza fiera

que al fallo de la ley?

BURLEIGH

Ese lenguaje
conviene a vuestro labio; mas la senda
de mi deber conozco. ¡Afortunado
el que obedece fiel lo que le ordena!
¡Afortunado aquel a quien terrible
no le acusa, Leicester, su conciencia!

LEICESTER

No sé de quién me habláis. Sólo me guía
el bien de mi nación y el de mi Reina.

BURLEIGH

Dejad, pues otro norte no me rige,
dejad, milord, que a sus impulsos ceda.

LEICESTER

De su gloria celoso...

BURLEIGH

Tal os juzga;
tal os juzgaba yo...

LEICESTER

Quien os oyera
tan misterioso hablar y tan sombrío
me imputara tal vez trama sangrienta
contra el reino y el solio, no escondida
del perspicaz Burleigh a la prudencia.

BURLEIGH

No sin causa, milord.

LEICESTER

¿Qué osáis decirme?

BURLEIGH

¿Adónde, adónde, crédula Princesa,
sin pudor te arrastraba un temerario?
¡Cuál se burlaba de tu fe sincera!
Ahora comprendo ya qué oculto móvil
vuestro labio inclinaba a la clemencia.

LEICESTER

Miserable, seguidme al pie del trono.
Venid, si os atrevéis. Sabrá Isabela...

BURLEIGH

Seguidme vos. Vuestro furor desprecio;
vuestra frágil privanza no me arredra.

Escena II

LEICESTER.

¡Oh desgracia fatal! ¿Cómo ha podido
de mis designios rastrear la huella?
Si pruebas ciertas a la Reina aduce
de mi oculta amistad, de mis promesas
en bien de su enemiga, ¡cuál su encono,
su venganza será! Si ya penetra
de Mortimer el arrojado intento,
cómplice de él, autor quizá me crea.
Do quier que vuelvo la turbada vista
un precipicio, ¡ay mísero! me cerca.
¿Quién es...?

Escena III

LEICESTER. MORTIMER.

MORTIMER

Milord, solícito os buscaba.

LEICESTER

Huid. ¿Qué pretendéis?

MORTIMER

Cobarde lengua
nuestro arcano descubre.

LEICESTER

Entre nosotros
no hay ninguno. Alejaos.

MORTIMER

Ya la nueva
llegó a Burleigh que juventud briosa

se prepara a lidiar por la Escocesa.

LEICESTER

¿Qué a mí su muerte?

MORTIMER

Aún más...

LEICESTER

¡Necia porfía!

No os conozco. Dejadme.

MORTIMER

Nadie observa.

¿A qué fingir? Su protector oculto
os declara también fortuna adversa.

LEICESTER

¡Cómo...

MORTIMER

Entre los escritos de María,
que de Burleigh sorprende la cautela,
hay una carta para vos trazada...

LEICESTER

¡Una carta! Acabad.

MORTIMER

En ella acepta
vuestro socorro Estuarda, y os promete
el corazón y el trono en recompensa.

LEICESTER

¡Oh cielos!

MORTIMER

Urge el tiempo. En tal conflicto
valga la audacia. Prevenir es fuerza
el odio de Burleigh y el alto influjo.
Si es cierto que Leicester tanto impera
dentro del alma de la Reina, habladla.
Alejad de nosotros la sospecha.
Conjure vuestra frente inalterable
la tempestad horrible que ya truena.
Ganad en fin un día, un solo día,

y acaudillando mi facción tremenda,
de María, lo juro, para siempre
término pongo a la prisión acerba.
Me es conocido el fuerte desde niño.
Hay una puerta lóbrega, secreta
que paso nos dará cuando dominen
sobre el callado mundo las tinieblas.
Id: ¿qué aguardáis? Volad, y en tal peligro
vuestro poder, oh Conde, nos proteja.

LEICESTER

Sí, forzoso será. Para salvarme
es el único arbitrio que me resta.

MORTIMER

Milord, ¿no respondéis?

LEICESTER

¡Hola, soldados!

Escena IV

LEICESTER. MORTIMER. SEIMUR. GUARDIAS.

SEIMUR

¿Qué me ordenáis?

LEICESTER

En nombre de Isabela
prended a ese traidor.

MORTIMER

¡A mí!

LEICESTER

Prendedle,
y de él responderéis con la cabeza.
Conjuración atroz he descubierto
que en sangre inundaría a la Inglaterra.
Llevadle. En tanto que a la Reina aviso,
a estrecha cárcel conducido sea.

MORTIMER

¡Pérfido! ¿Y osas tú... Mas bien merece
destino tal quien a tu fe se entrega.

Corre, vil desertor, y al pie del trono
perdón implore tu cobarde lengua.
Corre, infame, y a precio de mis días
tu solo bien rescata; la existencia.
Vive, que aún de acusarte me desdeño.
Quien pudo ser capaz de tal vileza
no es digno de morir como un valiente.
Sólo a mi cuello la segur descienda.
Tranquilo en mi prisión la palma aguardo
que a la mansión celeste mi alma eleva.
Blanco tú de tenaz remordimiento,
quédate a ser oprobio de la tierra.

LEICESTER

Llevadle. ¿Qué aguardáis?

Los guardias se llevan a MORTIMER.

Seimur, escucha.

No temeraria cólera me ciega.

A mi sagaz política conviene
de su prisión la pública apariencia.

Sálvale tú, que su valor aplaudo.

Huya en secreto, y cuando el velo tienda
la protectora noche, aquí le espero.

Con sus parciales al castillo vuelva.

Escena V

LEICESTER.

A desmentir la acusación terrible
labio osado prevengo y faz serena.
Volemos a Isabel. ¡Oh Dios! Guiada
por el crudo ministro a mí se acerca.

Escena VI

ISABEL. LEICESTER. BURLEIGH.

ISABEL

Conde Leicester, contra mí conspiran.

LEICESTER

Ya lo sabía, y la traición horrenda
os iba a revelar.

ISABEL
¡Vos!

LEICESTER
Yo, Señora.

ISABEL
¿Y a quién de tanto crimen, tanta afrenta
osáis culpar?

LEICESTER
El pérfido vasallo...

ISABEL
Sois vos. He aquí un escrito que lo prueba
y os confunde. Leed.

LEICESTER
Es de María.

ISABEL
¿Y qué me respondéis? La audacia vuestra
¿podrá negar que mi rival odiosa
a Leicester confía su defensa?
¿que meditando quebrantar sus hierros
de un trono la esperanza os lisonjea?
¿que el deber inmolando a la codicia
vuestro culpable amor el suyo premia?

LEICESTER
En vano me denigra la calumnia.
En vano contra mí tiende proterva
lazo tan vil. Efímero es su triunfo
como mi ardiente fe veraz, eterna.
Ese escrito, Señora, que ha dictado
de María el despecho o la demencia,
¿qué vale contra mí si alguno mío
su esperanza quimérica no alienta?
Su corazón, su trono me promete.
¿He mendigado yo tan vana oferta?
¡Yo que la desdeñé cuando en su rostro
resplandecía cándida belleza,
cuando en aquella frente, ya marchita,

orgullosa ceñía tres diademas!
¿Y a qué su escrito desmentir? Yo mismo
os iba a denunciar lo que revela.

ISABEL

¡Qué! ¿vos sabíais...

LEICESTER

El fatal proyecto
que días ha vuestra rival fomenta.
Mi celo, mi ventura lo descubren.

BURLEIGH

¿Por qué temblar no ha mucho en mi presencia?
¿No os acusaba yo? Si la sabíais,
por qué callar conjuración tan negra?

LEICESTER

¿Sois acaso mi juez? ¿Con qué derecho
interrogarme osáis? Sólo a la Reina
debo yo responder de mis acciones.

ISABEL

Conde, mal os disculpa la soberbia.

LEICESTER

En tanto que él os sirve con palabras,
Leicester su lealtad obrando muestra.

BURLEIGH

Milord, mal grado vuestro habláis ahora.

LEICESTER

Antorcha del estado, esa prudencia
de que tanto os jactáis ¿qué ha descubierto?
¿Qué cómplices, decid, la prisionera,
qué medios a su fuga prevenía?
¿Sabíais por ventura que la diestra
del audaz Mortimer, a vuestros ojos,
quebrantar meditaba sus cadenas?
¿Sabéis que desertor de nuestro culto
vengar pretende la romana iglesia?
¿Sabéis, en fin, que pérfido se vende
al rencor de Filipo y de Lorena?

ISABEL

¡Burleigh!

LEICESTER

¿Cuál de los dos por el estado
más sagaz, más atento se desvela?
¿Quién tan horrible arcano ha sorprendido
del ciego joven a la incauta lengua?
¿Quién de prenderle acaba? Yo.

ISABEL

¿Qué escucho!

LEICESTER

Sí, aquí mismo. La mísera Escocesa
mal de la seducción el sesgo idioma
a su imprudente mensajero enseña.
Apenas mueve el labio, en su alma leo.
Velo impostor mi cólera refrena,
que su fatal confianza redoblando,
a descubrirme la traición le fuerza.
Para alentarle más, ledo sonrío
al escuchar de Estuarda las promesas;
su amante fiel, su protector me llamo,
y sin freno Leicester os condena.
Todo en fin revelado, en triste cárcel
vuestros soldados a mi voz le encierran,
y a pesar de la envidia cortesana
mostrará su castigo mi inocencia.

ISABEL

¡Amarga duda! ¡Abismo impenetrable!

BURLEIGH

No. a vuestros ojos inocente sea.
Creedle como yo. Su obra termine.
Si es cierto que a esa pérfida detesta,
probarlo debe. Aconsejó no ha mucho
que su fallo mortal se suspendiera.
Ahora que él mismo de traición la acusa,
en horrendo patíbulo fenezca.
¿Leicester, que decís?

LEICESTER

Tal es mi voto.

BURLEIGH

Muera pues.
A la REINA. ¿Qué aguardáis? Ved su sentencia.

ISABEL
¡Ah! ¿qué exigís de mí?

Escena VII

ISABEL. LEICESTER. BURLEIGH. MELVIL.

MELVIL
¿Qué hacéis, Señora?

BURLEIGH
¡Contratiempo fatal!

MELVIL
Mi pecho tiembla.

ISABEL
El amargo suplicio de María
me fuerzan... a signar...

MELVIL
¿Quién, ¡oh insolencia!
quién a su Soberana dicta leyes?
Aun en vuestra alma la acerada flecha
clavada está de atroz resentimiento.
¿Y en hora tan terrible, ¡oh Dios! intentan
que su muerte signéis? ¡Ay! a la ira
al menos la razón primero venza.

BURLEIGH
Sí, y esperad que a vuestro seno lleve
homicida puñal.

MELVIL
La Providencia
que tantas veces os libró del hierro
más que Burleigh por vos sin duda vela.
¡Ah que no en las traiciones, no en la vida
de una infeliz que gime prisionera
vuestro peligro está, sino en su muerte!
Viva la olvidan; la vengarán muerta.
No la enemiga ya del nuevo culto;

de sus ínclitos Reyes la heredera
en Estuarda verían vuestros pueblos,
de alevé saña víctima funesta.
No, no la inmolaréis de vuestros días
mancillando la fúlgida carrera.
La voz terrible que a los Reyes juzga
cuando descienden a la tumba yerta,
cuando a par de la pérfida lisonja
desparece el terror que el alma hiela,
temed no de Isabela el claro nombre
cubra algún día de eternal afrenta.
Temed no el hombre en los futuros años
horrorizado vuestra historia lea.
Dios vengador... ¿Tembláis? ¡Dichoso auspicio!
Mi lloro humilde vuestras plantas riega.
Si por Estuarda no, por vos, Señora,
el corazón abrid a la clemencia.

ISABEL

¡Melvil! ¡Qué de tormentos en mi alma!
¿Por qué hierro traidor no abrió mis venas?
No ya forzada a castigar un crimen,
no al crudo murmurar de plebe inquieta
mi nombre abandonado, ¡cuán tranquila
en el oscuro túmulo durmiera!
Ya la vida me cansa y la corona.
Si es forzoso que yo mi sangre vierta
o María infelice, pues la suerte
por el bien de Bretaña lo decreta,
Bretaña elija. Doblaré mi cuello.
O si a inmolar me su piedad se niega,
volveré a mi destierro, al quieto asilo
que vio crecer mi juventud primera;
do lejos de esta pompa envenenada
en mí misma encontraba mi grandeza.
Gozosa a Albión regía cuando sólo
bienes sin cuento derramaba en ella.
Ahora que es fuerza ensangrentar mis manos,
no sé reinar; renuncio a la diadema.

BURLEIGH

Traidor seré a la patria y a vos misma
si criminal piedad mi labio sella.
¿Sois vos, Señora, vos, hija de Enrique,
quien habla de reposo? Antes debierais
el nuestro asegurar; el de ese pueblo

que corriera sin vos a ruina cierta.
Mi ruego oid. De vuestra fama digna
más justicia mostrad; menos flaqueza.
Extinga para siempre un solo golpe
de la discordia la fatal hoguera,
las tramas, las facciones que María
aún en su cárcel sin cesar renueva;
y, firme escudo de las santas leyes,
al trono salvaréis y a la Inglaterra.

ISABEL

Pocos momentos con mi pena amarga
dejadme en soledad, y antorcha sea
que me ilumine en tan terrible caos
aquel Supremo Juez que nunca yerra.

Los lores se retiran al fondo del teatro. LEICESTER y MELVIL al retirarse miran a la REINA con inquietud y como sin esperanza.

Escena VIII

ISABEL.

Voz del pueblo que el solio tiranizas,
ídolo vil que mi poder enfrenas,
¿tu esclava seré yo? Cobarde el labio
¿desmentirá lo que mi pecho anhela?
Reino, mas aún en torno de Bretaña
siento rugir la tempestad horrenda.
Engañosa amistad me vende el galo;
el fiero Noto que rompió sus velas
segunda vez el español arrostra;
Sixto fulmina airado el anatema;
hidra fatal la renaciente Liga
su cara Estuarda por do quier me muestra,
fantasma aterrador... ¡No más! La hora
de su muerte llegó. Caiga, perezca,
y mi temor con ella se sepulte,
y renazca en Albión la paz risueña.
Mas, ¡ay! fuérame dado exterminarla
¡sin eclipsar mi gloria! «Es extranjera,
es mísera, es mujer, nació de Reyes;
la sangre de Isabel hierve en sus venas;
tantos años de cárcel y dolores
harto la han castigado, hartos te vengas:»

así lenguaz exclamará la envidia.
¡Qué! ¿vivirá la que a mi vida atenta,
la que tiende sus lazos seductores
hasta en mi corte misma, la perversa
que a Leicester... ¡Traidor! Mal tu falacia
resistirá tal vez la amarga prueba
que te previene mi ofendido orgullo.
¿Y aún puedo vacilar? Estuarda muera.
Se acerca a la mesa, toma la pluma, va a firmar la sentencia
y se detiene.
¡Gran Dios! Tiembla mi mano y me parece
que en sus entrañas el cuchillo ceba.
Me mira el mundo. ¡Ah! ¡No!
Calla un momento.
¡Cuál me insultaba
delante de Leicester la altanera!
¡Débil esfuerzo de impotente furia!
Quizá su triunfo y mi derrota sueña...
Su triunfo, ¿y reino yo?
Vuelve a tomar rápidamente la pluma.
¡Fruto me llama
de execrable adulterio! ¡En mi cabeza
profano altiva el usurpado solio!
¡Desventurada! Cuando tú descieras
a la callada tumba, hija de Enrique
legítima seré, mi oprobio cesa.
No hay elegir, ya no. Bretaña es mía.
Firma con entereza y velocidad.
Tu sangre odiosa mis derechos sella.

Apenas ha firmado cae la pluma de su mano, y ella sobre el sillón como aterrada. Un momento después se recobra. Hace seña a un paje para que deje entrar a los lores, que permanecían fuera del salón, pero siempre a la vista del espectador.

Escena IX

ISABEL. LEICESTER. MELVIL. BURLEIGH.

ISABEL
Acercáos.

MELVIL
¡Oh Dios! Yo me estremezco.

ISABEL

Burleigh, el fallo a vuestras manos vuelva.
En él leeréis la suerte de María.

BURLEIGH

Después de mirar la firma.
Su muerte.

LEICESTER

¡Oh cielo!

MELVIL

¡Mísera Princesa!

ISABEL

Mirando fijamente a LEICESTER.
A vos, Leicester, cuyo noble pecho
tanto rencor contra María alberga,
tanto amor a Isabel, a vos elijo
para cumplir mi voluntad suprema.

LEICESTER

¡A mí!

ISABEL

Sí, a vos.

LEICESTER

Tan inhumano cargo
mal conviene, Señora, a la grandeza
donde os plugo magnánima elevarme.
Confiarlo a Burleigh más justo fuera.

ISABEL

Lo partirá con vos.

MELVIL

Reina, por siempre
Melvil de vuestra corte se destierra.
En tanto que del vuestro el pecho mío
esperaba piedad, morar en ella
grato me fue. Vuestra virtud amaba
y no vuestro poder. Amarga ofensa
ya fueran para mí vuestros favores.
¡Adiós! Seguid la perniciosa senda
que os trace la lisonja cortesana.
Sorda os mostráis a la verdad austera,

y un siervo fiel María necesita.
Lejos ya de la pompa que os rodea,
torno a mi Reina; y pues en vano quise
romper sus grillos, terminar sus penas,
en el amargo trance de la muerte
corro a darle socorro y fortaleza.

Escena X

ISABEL. LEICESTER. BURLEIGH.

BURLEIGH
¿Sufrís...?

ISABEL
Bien que me ultraje, no le culpo,
que la santa virtud mueve su lengua.
Temblaba mi alma al escuchar su acento,
y aún, mal su grado, estremecida tiembla.
Al fin signé la muerte que anhelabais;
mas aún vive María. La sentencia
no es el golpe mortal. Ahora a vosotros
apresurarla o diferirla resta.
En vuestras manos pongo su destino.
Nunca de ella me habléis. Ora cruenta
su triste cuello la segur divide,
ora alcance perdón, a la Inglaterra,
responsables seréis, y al orbe todo.
De estas murallas el dolor me aleja.
Vuestro deber cumplid. Adiós.

Escena XI

LEICESTER. BURLEIGH

BURLEIGH
Seguidme.

LEICESTER
¡Tened, Burleigh! Su voluntad incierta...

BURLEIGH
El decreto la anuncia.

LEICESTER

¡Ah! no a mis ojos.

BURLEIGH

Si es crimen dar la muerte a una proterva,
culpádmelo sólo a mí: yo lo consiento.
Seguidme a la prisión. Su suerte sepa.
Esta noche...

LEICESTER

¡Esta noche! ¡Dios piadoso!

BURLEIGH

De su vida será la postrimera.

LEICESTER

¡Milord!

BURLEIGH

¡Inútil compasión! Leicester,
ved que Isabel vuestra conducta ceda.
Mirad por vos. ¡Temblad!

Escena XII

LEICESTER.

¡Oh Dios benigno!
Protege de María la inocencia.
Si es libre Mortimer, aún esta noche
puede al verdugo arrebatarse su presa.
Antorcha celestial guíe sus pasos
y dé victoria a su valiente diestra.

ACTO V

Escena I

MELVIL. ANA.

ANA viste de luto.

ANA

¡Vos aquí! ¿No me engaño?

MELVIL

Esos sicarios
me otorgan tan amargo privilegio;
lo otorgan a los siervos de María
que no vieron su faz en tanto tiempo.

ANA

¡Oh cielo!

MELVIL

Conducid ante sus plantas
a un súbdito leal.

ANA

Es el momento
que en soledad austera y religiosa
alza sus preces últimas al cielo.
Dignaos esperarla. El crudo golpe
ya ve amagar a su inocente cuello;
ya despedida del mezquino mundo
toda se entrega al Hacedor Supremo.
¡Oh noche de dolor! ¡oh desventura!

MELVIL

Enjugad ese llanto. Nuestro pecho
de la común angustia exento sea
hasta cumplir nuestro deber extremo.
En tanto que de lágrimas ardientes
su familia infeliz inunda el suelo
toca a nosotros afirmar su huella
de la mansión celeste en el sendero.

ANA

¡Melvil!

MELVIL

¿Cómo, decid, oyó María
la infausta nueva de su fin acerbo?

ANA

¡Ay, que nueva más plácida esperaba!

MELVIL

¿Qué decís?

ANA

De esta noche en el silencio
el bravo Mortimer con sus parciales
romper debía sus indignos hierros.
Esperanza falaz nos halagaba
y este invencible amor que nuestro seno
a la existencia guarda, aunque infelice.
El más leve rumor nos daba aliento.
Suena la puerta. «¡Mortimer! ¡amigo!»
iba a exclamar la Reina. Era Pauleto
nuncio funesto de la atroz sentencia.

MELVIL

¡Justo Dios!

ANA

¡Oh constancia sin ejemplo!
Óyela Estuarda resignada y fuerte,
sin palidez, sin lloro, sin lamentos.
Mas al oír del hombre fementido
a quien incauta sometió su pecho
la bárbara traición, llora angustiada;
de tanta ingratitud sucumbe al peso.

MELVIL

¡Oh culpable Leicester!

ANA

¡Oh perfidia!
¡Y a Mortimer delata!

MELVIL

Ese mancebo
del traidor que le vende y aprisiona
víctima no será.

ANA

¿Qué escucho! ¿Es cierto?

MELVIL

Huyó.

ANA

¡Gran Dios! No pierdo la esperanza.

MELVIL

No esperéis salvación de humano esfuerzo.
Implorad la eternal. Otra no resta.

Escena II

ANA. MELVIL. CRIADOS DE MARÍA DE AMBOS SEXOS.

La servidumbre viene vestida de negro.

MELVIL

Mas ya anuncia ese fúnebre cortejo
a la Reina infeliz. ¿Tembláis, señora?

ANA

¡Qué! ¿ya la guían al cadalso horrendo?
¿Ya desciende al oscuro subterráneo
do la infame Isabel...?

MELVIL

Calmad, os ruego,
calmad vuestro dolor.

ANA

¡Ay! ¡Yo te he visto,
execrable mansión, y a tal aspecto
no han cegado mis ojos! Enlutadas
las paredes del lúgubre aposento,
los feroces soldados, el cadalso,
la segur, el verdugo... ¡Ah! Me estremezco.

MELVIL

Ella viene. Callad.

ANA

¡Hora terrible!

Escena III

MARÍA. ANA. MELVIL. CRIADOS de ambos sexos.

Preceden a MARÍA otras mujeres, vestidas también de luto y en la mayor aflicción.
La REINA viene vestida de blanco y con la corona real en la cabeza.

MARÍA

¿Por qué tanto gemir y tanto duelo?
¿Por qué llorarme cuando Dios benigno
va a terminar mi largo cautiverio?
No, no; regocijaos, que, ya libre,
la inefable morada abierta veo.
Cuando sepulta en tenebrosa cárcel
blanco a la saña fuí y a los desprecios
de una mujer feroz, merecedora
entonces fuera yo de llanto acerbo.
La muerte amiga y el perdón celeste
purgan mi alma. En el trance postrimero
Dios engrandece al miserable humano
a quien antes postraba el hado adverso.
Renace en mí la plácida esperanza,
y, de noble altivez henchido el seno,
torna a mis sienes la real diadema.
Da algunos pasos y ve a MELVIL.
¡Melvil! ¡Sois vos! ¡Afortunado encuentro!
¿Vuestra piedad no cansa mi infortunio?
Levantaos, ilustre caballero.
De un súbdito a quien amo la presencia
me inunda el alma en bienhechor consuelo.
¡Bendición a mi Dios que os ha elegido
testigo digno de mi fin sangriento!
Pues la antorcha católica os alumbra,
vuestro apoyo me dad.

MELVIL

Tal es mi anhelo;
probaros mi lealtad hasta en la muerte.

MARÍA

Ya que lejana de la patria muero,
mi adiós amargo, mi memoria extrema
llevad a mis amigos y a mis deudos.
Saludo al Rey francés y le bendigo;
a Guisa, defensor de mis derechos;
a Lorena; ...a otros ciento cuyos nombres
dirá el escrito fiel que os encomiendo.
En vez de oro y estados, por herencia
mi tierno amor, mi gratitud les dejo.

MELVIL

Así lo cumpliré.

MARÍA

¡Séales grato
este don de amistad, cual yo lo espero!
Volviéndose a los criados.
Del Rey de Francia en vuestro bien imploro
la augusta protección. Id a su reino;
segunda patria os sea, y para siempre
de Albión huid el maldecido suelo.
No al britano orgulloso que me oprime
deleite un día el infortunio vuestro;
no en vosotros me ultraje y me persiga
mas allá de la tumba. Huid os ruego;
juradme abandonar estas riberas
no bien exhale mi postrer aliento.

MELVIL

Lo juramos.
Todos tienden la mano en señal de juramento.

MARÍA

Yo misma entre vosotros
de mi antigua opulencia el pobre resto
acabo de partir. Ana querida,
el oro a tu amistad no es digno precio.
Tu tesoro más grato es mi memoria.
He aquí el don de amor que te reservo.
Dulce tejido que labró mi diestra,
testigo fiel de mi dolor secreto,
¡ay, cuántas veces te regó mi llanto!
Con él, ¡oh amiga! hasta el sepulcro yerto
tu cara mano cubrirá mis ojos.
¡Triste, amargo servicio! Mas yo quiero
recibirlo de ti.

ANA

¡Buen Dios!

MARÍA

Mis fieles,
oíd de Estuarda el postrimer acento.
¡Adiós! No sollocéis. En el Empíreo
un día, así lo aguardo, nos veremos.
Muero en la fe católica, y no rea
del crimen que me imputan. Dios inmenso
que mi paciencia veis, yo os la consagro.

¡Pueda con ella reparar mis yerros!
Llegad, llegad Melvil; sobre mi frente
extended esa mano que venero.
La bendición de respetable anciano
es bendición de Dios. Antes mi siervo,
sed su intérprete ahora y su ministro.
Cual doblasteis un día ante mi cetro
la obediente cerviz, a vuestras plantas
hoy humilde y contrita me prosterno.

La REINA se arrodilla delante de MELVIL, y todos se alejan.

MELVIL

María, Reina ayer, mártir ahora,
pues plugo al Creador del universo
la carrera abreviar de vuestros días,
volad serena a su regazo tierno.
Ya el crisol de la austera penitencia
purga de inmunda liga el oro terso.
Ya la paz del Altísimo brillando
la vía os abre del celeste asiento.
¡Alma cristiana, adiós! Yo te bendigo.
¡Adiós! En las entrañas del averno
ruge Satán, y la divina gracia
desciende a ti del alto firmamento.

PAULETO aparece a la puerta. MELVIL va hacia él. MARÍA permanece arrodillada y en profunda meditación.

ANA

¿Qué ruido escucho? Mortimer acaso...

MELVIL

Volviéndose hacia MARÍA.
¿Habéis, Señora, el ánimo dispuesto
al tránsito fatal?

MARÍA

Venga la muerte.
Sólo en mi corazón a Dios albergo,
y por siempre en sus aras sacrifico
toda humana pasión.

MELVIL

Ya pues sin riesgo
a Leicester veréis. Desea hablaros:

le acompaña Burleigh.

Escena IV

MARÍA. Su séquito. ANA. MELVIL. LEICESTER. BURLEIGH. PAULETO.

LEICESTER y BURLEIGH se habían detenido un momento en el foro. LEICESTER permanece retirado sin levantar los ojos.

BURLEIGH

Deber severo
me guía a vos. En nombre de mi Reina
a obedecer vuestros mandatos vengo.

MARÍA

Soy grata a su bondad. En un escrito
ya he trazado de mi alma los deseos.
En cuanto a mí, pues reposar no deben
mis reliquias, milord, en vuestros templos,
no negaréis que a Francia y a los míos,
mi más caro anhelar Melvil cumpliendo,
lleve mi corazón. ¡Dulce ribera
do mis días más plácidos corrieron,
en este corazón siempre moraste!

BURLEIGH

¿No me imponéis, Señora, otro precepto?

MARÍA

Saludad en mi nombre a vuestra Reina;
decidle adiós: mi corazón sincero
la abraza y la perdona. Amargo lloro
anega vuestra faz, noble Pauleto.
El contagio letal de mi infortunio
vuestras canas aflige. ¡Ay! a lo menos
romper los hierros Mortimer alcanza
do cayó por salvarme a mi despecho.
Que conserve su vida. Acaso aún piensa
en Estuarda infeliz; aún su ardimiento
forma en mi bien designios generosos.
Inútiles son ya. Dios le dé premio.

Escena V

MARÍA. SU SÉQUITO. ANA. MELVIL. LEICESTER. BURLEIGH. PAULETO. EL SHERIFF.

La puerta permanece abierta. Algunos soldados aparecen a la parte exterior.

MARÍA

¿Por qué te agitas, Ana, y te estremeces?
¡Valor! Llegó el instante, y yo no tiemblo.
No tu angustioso llanto me enterezca
en el postrer adiós: sigue mi ejemplo.
Del mundo engañoso entre tus brazos
menos amargo me será el destierro.

A BURLEIGH.

Aún os pido otra gracia; es la postrera:
que me siga hasta el hondo mausoleo.
Su mano abrió a la luz los ojos míos;
ella los cierre a perdurable sueño.

BURLEIGH

Vos lo queréis... Será.

MARÍA

No más. Partamos.
Si un alma arrepentida ¡oh Dios eterno!
merece bien de ti cual la inocencia,
abre a mi fe tu omnipotente seno.

Al partir encuentra a LEICESTER. Tiembla: se doblan sus rodillas. LEICESTER la sostiene volviendo la cabeza porque no puede arrostrar su vista. La REINA le mira un momento con gravedad y en silencio.

Para salir de mi prisión, oh Conde,
apoyo me ofrecisteis; bien me acuerdo.
¡Cumplís vuestra palabra!

LEICESTER permanece abismado en el dolor. La REINA continúa con dulzura.

Sí, Leicester,
de recobrar mi libertad, mi imperio,
la esperanza halagüeña en vos un día,
en vos solo cifraba; y, no lo niego,
era bálsamo dulce a mis dolores
mi redentor soñaros.

LEICESTER

¡Oh tormento!

MARÍA

Ya preparada a abandonar la tierra,
ya que a los reinos del Empíreo vuelo
y otra pasión mi espíritu no agita
que el amor de mi Dios; Conde, bien puedo
mi pasada flaqueza confesaros.
Siempre os amé: sin mengua lo revelo.
Adiós. Vivid dichoso. Vuestro orgullo
quiso a dos Reinas agradar a un tiempo,
y al insidioso el corazón amante
osó inmolar vuestra ambición sin freno.
Adorad a Isabel, ¡y Dios no quiera
que venga mi baldón vuestro escarmiento!
Ana, Melvil, seguidme. Adiós, mortales.
Extranjera ya soy en vuestro suelo.

Parte la REINA en medio de ANA y MELVIL. El SHERIFF la precede. BURLEIGH,
PAULETO, todos la siguen, excepto LEICESTER.

Escena VI

LEICESTER. SEIMUR.

LEICESTER

¡Y yo vivo! ¡Yo vivo, y desde el alto
no baja el rayo en espantoso trueno!
¡Ven, vuela, Mortimer! Sólo un instante...
¡Ah! ¡Seimur! Habla.

SEIMUR

Llegando. Mortimer es muerto.

LEICESTER

¡Oh Dios!

SEIMUR

Con sus amigos generosos,
franco ya el muro a su marcial denuedo,
por vía oculta al calabozo vuela.
Imprevisto escuadrón lleva a su encuentro
de Burleigh la incesante vigilancia.
¡Todos han perecido combatiendo!
Venid; huyamos, Conde. En Inglaterra

gran peligro corréis. Al mar, al viento
la vida encomendada. Fieles amigos
os seguirán a climas extranjeros.

LEICESTER

Sin oír a SEIMUR.

¡Reina execrable! ¡Bárbara Isabela!
¡He aquí, prudencia humana, tus efectos!
¡Mal haya mi política afanosa!
¡Mal haya mi ambición! Yo la detesto.
Mueres, María, y en mi pecho ingrato
cual nunca enciendes amoroso fuego.
¡Ay dolor!... Mas ¿qué digo, miserable!
¿Yo amor? ¿ternura yo? ¿Cobarde cedo
a femenil piedad? Ahoga en tu alma,
¡monstruo! ahoga el atroz remordimiento;
acaba de sumirte en el oprobio
consumando tu crudo ministerio;
baja a gozar de Estuarda en la agonía,
y arma tu corazón de triple acero.
Fuera de sí marcha rápidamente hacia la puerta por donde salió MARÍA,
y se detiene de improviso.
En vano, en vano con osada planta
esta puerta fatal pasar intento.
¿Cuál infernal horror hiela mi sangre?
¡Huyamos! ¿Oyes? El suplicio fiero
bajo mis plantas se prepara. ¡Huyamos!
Tan negra imagen sostener no puedo.
Quiere salir por otra puerta lateral y la encuentra cerrada.
¡Ay, que mis pasos a la fuga cierra
un ángel vengador! Dios justiciero,
¡cuál me castiga tu tremenda saña!
¿Dónde ocultarme, dónde? En son funesto
oigo la voz que dicta su sentencia.
La exhortan. Habla ahora ¡Oh dulces ecos!
Silencio impone. Orar desea. Callan.
¿Quién sabe, ¡ay triste! si en ferviente ruego
a Dios pide perdón de mi perfidia?
Sordo murmullo en la asamblea siento.
Solloza la afligida servidumbre...
Ya nada escucho... ¡El golpe! Yo fallezco.